



Cuaderno de Trabajo No. 8  
Document de Travail No. 8

## Estudiar el racismo. Textos y herramientas

Coordinación: Odile Hoffmann y Oscar Quintero  
Textos seleccionados y presentados por Oscar Quintero

México, Abril 2010

AFRODESC  
<http://www.ird.fr/afrodesc/>



HOFFMANN, Odile y Oscar QUINTERO (coord.), 2010, *Estudiar el racismo. Textos y herramientas*. Documento de Trabajo No. 8 / Document de Travail No. 8, México: Proyecto AFRODESC / EURESCL.

El Programa Internacional de Investigación AFRODESC, “Afrodescendientes y esclavitud: dominación, identificación y herencias en las Américas” está financiado principalmente por la Agencia nacional de investigación (ANR) francesa y comprende una docena de instituciones mexicanas, francesas, colombianas y de otros países. Para más información, se puede consultar el sitio web <http://www.ird.fr/afrodesc/>. Las actividades de AFRODESC se llevan a cabo en colaboración estrecha con el Programa europeo de investigación EURESCL “Slave Trade, Slavery, Abolitions and their Legacies in European Histories and Identities”, [www.eurescl.eu](http://www.eurescl.eu)

## Estudiar el racismo. Textos y herramientas

Coordinación: Odile Hoffmann y Oscar Quintero  
Textos seleccionados y presentados por Oscar Quintero  
2010- París, México, Bogotá

Agradecemos a los(as) autores(as) y editores por la cesión de derechos para la presente edición, para la traducción al español y la reproducción de los textos en estos cuadernos de difusión restringida y gratuita. Las referencias completas están mencionadas en cada texto, así como los traductores, a quienes reconocemos su puntualidad y entusiasmo.

Este Cuaderno se debe en gran parte a los aportes de colegas del URMIS (UMR205), un equipo de investigación de Francia que trabaja temas de Migración y Relaciones Interétnicas -incluyendo estudios sobre racismo-, que apoyaron en la discusión y selección de varios de los textos presentados aquí.

### Página

4	<u>Oscar QUINTERO. Racismo, algunas definiciones y aproximaciones desde las ciencias sociales. Presentación del Cuaderno.</u>
21	<u>Pierre-André TAGUIEFF. Introducción al libro “El color y la sangre”. Doctrinas racistas ‘a la francesa’.</u>
36	<u>Colette GUILLAUMIN. Una sociedad en orden. Sobre algunas de las formas de la ideología racista.</u>
53	<u>Albert MEMMI. El racismo. Definiciones.</u>
73	<u>Véronique DE RUDDER, Christian POIRET y François VOUREC'H. La desigualdad racista. Precisiones conceptuales y propuestas teóricas.</u>
102	<u>Teun VAN DIJK. Discurso y Racismo.</u>
129	<u>Philomena ESSED. Hacia una conceptualización del racismo como proceso.</u>
170	<u>Candace WEST y Sarah FENSTERMAKER. Haciendo la Diferencia.</u>

## La desigualdad racista. Precisiones conceptuales y propuestas teóricas.

### Véronique de Rudder, Christian Poiret et François Vourc'h

Traducción de Isabelle Combès, con la amable autorización de los editores, del original: Véronique DE RUDDER, Christian POIRET et François VOUREC'H (2000), « Précisions conceptuelles et propositions théoriques », p. 25-45 dans *L'inégalité raciste. L'universalité républicaine à l'épreuve*. Paris, PUF.

Copyright: © PUF, 2000

Las relaciones interétnicas y el racismo forman un campo de discordia, conflictos y enfrentamientos, pero también de transacciones, ajustes y conciliaciones. Esto se refleja en las luchas discursivas, que tanto se refieren a conceptos como el reconocimiento, la dignidad y la legitimidad, que sería erróneo calificarlas de vanas querellas de palabras.

Nuestro objetivo es presentar aquí, de manera clara o al menos explícita, y por lo mismo expuesta a la crítica, el vocabulario al cual recurrimos para describir e interpretar lo que hemos llamado, como otros ya lo hicieron, el “etnismo” y el racismo, y en particular sus manifestaciones concretas como la discriminación y la segregación. No retomamos aquí el detalle de cada noción, de sus usos y su historia, y de hecho no rendimos un justo tributo a los autores a los cuales nos referimos<sup>1</sup>. Remitimos, para estos aspectos, a los trabajos del colectivo “Pluriel-Recherches”, que está publicando el *Vocabulario histórico y crítico de las relaciones interétnicas*<sup>2</sup> (mayo 1998). En cambio, procuraremos echar luz sobre la red en la cual estos conceptos remiten los unos a los otros y forman lo que suele llamarse un marco teórico o, al menos, lo integran.

Tampoco presentaremos exhaustivamente este último: primero porque el espacio falta para desarrollar lo que tendría que ser una exposición larga, detallada y circunstanciada del mismo; luego porque no pretendemos disponer de una teoría global y unificada, de una “gran teoría” en la cual, además, no creemos.

---

<sup>1</sup> Los autores precisan en una nota que “Por razones de espacio no figuran en este capítulo los numerosos autores antiguos o modernos del corpus teórico que retomamos o sobre el cual nos basamos”. Aparecen en la bibliografía general del libro, que reproducimos al final de este texto (NdT).

<sup>2</sup> *Vocabulaire historique et critique des relations interethniques*, ed. L'Harmattan, París, Cahier n°5, 1998

El lector se extrañará tal vez del número de términos especializados y de neologismos que utilizamos, y que pueden parecer oscuros, desafortunados, incluso confusos. Pero las palabras del lenguaje común no siempre permiten dar cabalmente cuenta de un hecho o de una situación que es importante distinguir y sacar a la luz; y el vocabulario disponible es demasiadas veces tan reificante o confuso que no abastece para expresar que de lo que se trata es de relaciones y de procesos históricos y sociales.

### **Algunas precauciones “usuales”**

Tratar directa y formalmente del vocabulario relativo a lo social, y muy particularmente de aquel de las ciencias sociales, supone aceptar correr algunos riesgos. El primero es, por supuesto, el del “bizantinismo”, de las “disputas”, sutiles en el mejor de los casos pero puramente formales, desconectadas de las cosas concretas y de los problemas del tiempo. Otro riesgo consiste en erigirse en legislador del lenguaje e intentar imponer “el” uso correcto, instituir una “*sociologically correctness*” por así decirlo. Pero éstos no son los mayores peligros. Pues uno de los principales problemas que plantea la elección (y entonces la selección) de “las palabras para decirlo” es llegar a tomar las palabras por las cosas, el significante por el significado, en suma, a considerar sus deseos (de denominación, de ordenamiento, de análisis) por el orden real de los hechos. Sin embargo éstos, demasiado complejos para no rebasar por todas partes los discursos sobre-impuestos, no tardan en rebelarse. Lo mismo pasa además con el lenguaje mismo, que también se venga regularmente del rigor que se le inflige. Las “cosas” sociales viven, y trastornan las categorías...

Esto nos lleva a adoptar una posición decididamente “relativista”. Las nociones son herramientas. Sólo valen porque son útiles, y por el tiempo que dura esta utilidad. Algunos conceptos ya no se usan, sea porque se volvieron caducos en relación con la realidad, sea porque el estado del conocimiento obligó a encontrar varios vocablos para dar cuenta de hechos que antaño se designaban con un solo nombre, sea también porque sus contenidos se hipertrofiaron o se “ideologizaron” en la calle o el boliche o, quizás más todavía, en los gabinetes ministeriales y los repertorios administrativos.

La producción del lenguaje, aunque sea conceptual (¿o sobre todo cuando es conceptual?) es un hecho social. Contemplar la génesis, la evolución, el abandono o la

invención de léxicos en su contexto y su profundidad histórica aclara las elecciones. Esta aproximación, a la vez histórica y crítica, nos obliga también, como lo recuerda siempre Colette Guillaumin, a recordar que las palabras suelen menos perder sus significados anteriores que incluir unos nuevos. No obstante la intención y las precauciones, el pasado de las palabras se sedimenta y persiste –de manera manifiesta o latente– en sus usos ulteriores. En nuestra opinión, éste es típicamente el caso del vocablo “raza” que, aunque aparentemente totalmente “sociologizado”, sigue remitiendo al sentido biológico fijado en el siglo XIX. Por esta razón, sólo lo emplearemos aquí entre comillas. En cuanto al significado de los términos abandonados o cuestionados, también puede, cuando la idea perdura, “invertirse” en otros vocablos: es así que, en no pocos discursos, las designaciones de “etnia”, “cultura” y “origen” asumen muy fácilmente la significación de “raza”.

La exigencia de rigor y clarificación del léxico proviene de nuestra necesidad de nociones y categorías explícitas, distintas y ajustadas al nivel de la razón –entonces libres de la vaguedad, la afectividad y los intereses que caracterizan el lenguaje común (Simon P.-J, 1993). Desde Platón hasta Bacon, desde Mauss hasta Weber, no faltan los autores que nos recuerdan este requisito de la actividad científica. ¿De qué serviría implementar sofisticados procedimientos de investigación, si lo que buscamos sigue siendo borroso? Contar, describir o analizar, esto se hace mediante palabras que los números, los mapas o las figuras generalmente sólo ilustran. ¿Cómo transmitir los saberes adquiridos? ¿Cómo hacer para que sean cumulativos? El lenguaje es el que permite iniciar la famosa “ruptura con el sentido común”, que abre un espacio de inteligibilidad específica: el del objeto construido por y para el conocimiento, es decir, empíricamente hablando, un *artefacto*. Es, sin embargo, en este mismo momento cuando también empieza la crítica de los instrumentos de conocimiento. Tenemos que retomar lo que sabemos, a la vez que controlar los medios mismos de este conocimiento... antes de reutilizarlos, algunas veces, en un sentido renovado. Se dice que las palabras tienen una historia: sólo tienen, en realidad, unos usos y unos contextos de uso que son, ellos, verdaderamente históricos.

Esto aboga a favor de un cierto “nominalismo metodológico”, es decir a la adopción de categorías forjadas en el trabajo y para el trabajo. La “buena definición” o la “buena categoría” que coincidirían exactamente con la esencia de los hechos o de los fenómenos no existen, y sólo pueden ser postuladas alejándose del método científico. Además, recurrir a

los conceptos no debe servir tanto a “figurar” la realidad, mucho menos a “encerrarla”, sino a interrogarla: plantear problemas, proponer teorías.

Pero existe otra razón para recusar el “esencialismo metodológico” (o “nominalismo esencialista”) y sobretodo desconfiar de él, pues está latente en todas las categorizaciones, nomenclaturas y clasificaciones que estamos inevitablemente llamados a hacer. Es, pues, que no estudiamos “cosas” que podrían inventariarse, y a las cuales podría aplicarse sin riesgo una taxonomía. Lo que estudian las ciencias sociales son, en realidad, *interacciones*<sup>3</sup> entre fenómenos que están a su vez insertos en *relaciones sociales*. Y el análisis de estas relaciones pasa por su definición y la definición de lo y los que están implicados en ellas. El trabajo de “nominación” de los grupos es así subordinado al de las relaciones que se busca identificar y entender; es relativo. Lo que no impide que sea permanentemente expuesto al riesgo de esencialización o reificación, dada la manera en que la ideología positivista impregna nuestros modos de pensar y los de nuestros contemporáneos.

Si parece menos difícil conseguir un acuerdo sobre las palabras en las ciencias de la naturaleza que en las ciencias sociales, es, por supuesto, porque las primeras tienen un lenguaje formal propio, a menudo incomprensible para el no especialista, mientras la mayor parte del corpus conceptual de las últimas (con variaciones entre ellas) pertenece también al lenguaje común. Razones de fondo explican esta situación, y no remiten solamente al nacimiento reciente de algunas de las disciplinas aludidas. No podemos extendernos aquí, pero debemos al menos recordar algunas “evidencias” al respecto. Primero, pensar lo social no es ninguna exclusividad de los profesionales: sean los que fueren los procedimientos de objetivación y distanciamiento, no es ni puede tratarse de un dominio reservado. Segundo, este pensamiento se expresa mediante el discurso: discursos organizados y articulados de los científicos, los doctrinarios, incluso los políticos; discursos espontáneos, a veces confusos, de la vida diaria; discursos “atrapados entre dos fuegos” de la circulación mediática. Finalmente, todos estos discursos son también hechos sociales, es decir parte íntegra de la realidad social de la cual dan cuenta y contribuyen a moldear. Estos discursos revelan al mismo tiempo que formalizan percepciones, representaciones y esquemas de pensamiento que, no lo olvidemos, se forjan en relaciones sociales profundamente

---

<sup>3</sup> Lo que, de paso y contrariamente a una creencia ampliamente difundida, acerca las ciencias humanas y sociales y las de la naturaleza.

desiguales. El poder, y particularmente el poder de nominación, también es una relación de fuerzas. Y por eso mismo las palabras son parte del juego social. La vida política, entendida en su sentido más amplio, está hecha de palabras y, en parte, de querellas de palabras. Y cuando se inicia una controversia terminológica, es bien difícil saber de antemano si lo que está en juego tendrá o no consecuencias en la vida social, la historia, una disciplina... o para una corporación o un *lobby*.

Como lo subraya Pierre Bourdieu, en las ciencias sociales “decir es hacer”, pues “las palabras del sociólogo contribuyen a hacer las cosas sociales”. Participan *directamente* de las clasificaciones sociales. Al menos algunos de los conceptos, categorías y definiciones que retomamos o elaboramos, son adoptados luego por las instituciones y las administraciones, y eso cuando no fueron primero impuestos por ellas. ¿No nos olvidamos demasiadas veces que la mayor parte de nosotros, funcionarios o sus equivalentes, también somos pagados para eso por el aparato estatal al cual pertenecemos? En estas circunstancias, ¿qué de raro que las personas y grupos categorizados, descritos y analizados de esta manera se rebelen a veces contra nuestras nomenclaturas, contra nuestros “relatos”? Se sienten como cosas, encerrados en nuestras etiquetas; se sienten “manipulados” (Guillaumin, 1981). Y la verdad es que lo son. Sin importar el cuidado que se tome para elaborarlas, las definiciones y categorías nunca serán “justas”: son instrumentos de conocimiento contruidos, atravesados de par en par por las relaciones desiguales.

El disentimiento es entonces lo normal en este tema. Expresa un desaire a la sumisión necesario en la democracia. La ciencia no puede obviarlo apelando al argumento de autoridad; pero tampoco puede prescindir de la explicación conceptual ni de la teoría que propone o sobre la cual se basa.

### **Algunas precisiones conceptuales: racismo, etnismo y discriminación**

En las ciencias sociales norteamericanas, la disyunción entre el campo del racismo y el de las relaciones interétnicas es tradicionalmente fuerte desde los años 1950. Para decirlo de manera demasiado rápida y brutal, el primero se construyó sobre la base de la “cuestión negra”, y el segundo a propósito de la inmigración europea.

En Francia, y hasta una fecha reciente, las investigaciones sobre el racismo tomaron forma de ensayos donde el contenido teórico ambicioso, antropológico o político,



prevalecía sobre los datos empíricos. En cuanto a las investigaciones sobre las relaciones interétnicas, surgieron paulatinamente a contar de los años 1970, a partir de trabajos que enfocaban inicialmente el objeto social llamado “inmigración”.

En ambos casos, la separación de los dos campos desembocó en un “punto ciego” sobre las modalidades de construcción y tratamiento de la “diferencia”, sea llamada étnica o “racial”. En Francia sobre todo, se sigue ignorando la consistencia y los efectos del racismo en acto, el que se ejerce diariamente, con o sin referencia a una ideología o una doctrina explícitamente racista. Pero más allá, esta disyunción plantea un problema epistemológico mayor. Pues lleva a razonar a partir de categorías forjadas en el interior mismo de las relaciones sociales de dominación: los grupos étnicos por un lado, los grupos “raciales” por el otro. El punto de partida de esta distinción era descriptivo: se trataba de mostrar la existencia de grupos marginalizados por su cultura, al lado de otros inferiorizados por su “raza”. Sin embargo, esta distinción no puede ser considerada como natural. Es el producto de procesos sociales que deben ser analizados. Sólo mediante este análisis, puede demostrarse lo que une y lo que distingue sociológicamente la construcción de lo étnico y de lo “racial”. Sin este examen, la “separación” del racismo sólo tiene como efecto la ratificación de la “separación” racista.

#### *Interacciones interétnicas y racismo: etnicización y racialización*

Las interacciones interétnicas son relaciones que construyen y unen grupos socialmente definidos por su origen real o supuesto, y su cultura, reivindicada o achacada. Las interacciones interétnicas no son reductibles a lo que suele llamarse “relaciones interculturales”. En las interacciones interétnicas, los hechos culturales están en realidad “captados” a través de un sistema de designación y de categorización. Este sistema selecciona, falsifica o inventa rasgos culturales para incluirlos en una organización social de mayor o menor desigualdad y generalmente jerárquica. El objeto del estudio de las interacciones interétnicas es el análisis de este conjunto de hechos, sin presuponer *a priori* la existencia de tal o cual grupo étnico sino, por el contrario, postulando que estos grupos se forman y se transforman a través de las relaciones sociales y, sobretodo, que estas relaciones son las que erigen entre ellos límites o “fronteras” más o menos impermeables, más o menos porosas.

Este proceso de construcción de fronteras y de designación es lo que llamamos *eticización*. Se trata menos de “reconocimiento” de diferencias reales o supuestas que de clasificación social y posicionamiento en una escala que ordena estatus sociales, económicos o políticos... En el transcurso de la etnicización, la atribución o la reivindicación de pertenencia étnica se vuelve un referente determinante (fundamental, englobante, dominante, aun exclusivo) de la acción y en la interacción. Así, cuando, al igual que otros investigadores, evocamos la etnicización de las relaciones sociales en la sociedad francesa, nos referimos al reforzamiento, que opera desde hace unos veinte años, de la categorización y de la creación de jerarquías étnicas.

En esta perspectiva, el racismo no constituye un campo separado de investigación, como el de la historia de las ideologías, de la filosofía política o el que numerosos autores anglosajones llaman *Race relations*. Se trata de un campo analíticamente distinto pero genéticamente (en el sentido estrictamente lógico del término, que se está empezando a perder) y sobretodo sociológicamente ligado al de las interacciones interétnicas.

Históricamente el racismo nació en el interior de interacciones interétnicas modeladas, por una parte, en la esclavitud y la empresa de colonización y, por otra parte, en la tumultuosa formación de los Estados nacionales en Europa. Ambos “orígenes” del racismo (ilustrados por un lado por el racismo “de color” y por el otro por el antisemitismo moderno) designan formalmente relaciones políticas y sociales entre grupos humanos diferenciados, categorizados y jerarquizados en función de rasgos de tipo étnico, es decir sociales y culturales a la vez, y referidos al “origen”.

Sin embargo, a partir de este fondo común, la atribución “racial” da un paso cualitativo fundamental. Afirma la diferenciación cultural y de “origen” como absoluta, planteándola como “raza”, es decir inscribiéndola en un reino exterior a la voluntad humana: el de la naturaleza. La categoría de la “raza” es inmutable y definitiva. En la *racialización*, el registro de la cultura, instrumentalizado por la etnicización, queda integralmente subordinado, porque remite a una esencia hereditaria sincrética y superlativa, exterior y superior al orden contingente de lo social y lo histórico.

No siempre es fácil distinguir entre etnicización y racialización, no sólo en el orden empírico de las situaciones, sino incluso en el plano teórico. Por una parte, tienen en

común un cierto número de características y, por otra, la eufemización del racismo descansa a menudo en su disfraz como etnismo, lo que lleva a “enredar” el análisis.

Su primer punto en común es la atribución de estatus *ascriptivos* (del inglés *ascription*), basados sobre el nacimiento, el origen, la genealogía, sobre lo que precede al individuo y sobre lo cual no puede actuar, en oposición con los estatus adquiridos por las personas en función de lo que hacen y realizan durante su existencia (lo que en inglés se dice *achievement*).

Etnicización y racialización son procesos de *alterización*, es decir de producción de diferencias constitutivas de una alteridad colectiva más o menos radical, o incluso absoluta en el caso del racismo. Así, el tema de la diferencia no es lo primero. Las diferencias entre los individuos y los grupos que conforman son innumerables. En cambio, las diferencias socialmente pertinentes son seleccionadas, maquilladas o inventadas para insertarlas en relaciones de desigualdad. No existe(n) primero uno o varios “Otros” a ser tratado(s) de tal o cual manera; alteridad y diferencias se fabrican directamente, por contraste, en el seno de las relaciones. *Alter*, al igual que *Ego*, es una producción histórica y social, la misma que establece la distinción entre Nosotros y Ellos.

Etnicización y racialización son relaciones sociales que unen *racializante* y *racializado*, *eticizante* y *eticizado* en relaciones de poder, donde los segundos están en posición subalterna en relación con los primeros. Esta sujeción define una situación *minoritaria* completamente independiente de la importancia cuantitativa y relativa de los grupos: el *mayoritario* es el que incrementa su posición (su estatus, su poder...) mientras minoriza los de *Alter*.

Se trata también de procesos globales. Como sea que el grupo dominante se piense a sí mismo como referente general y universal (es decir como el grupo que no difiere de nada ni de nadie, pero en relación a quien “otros” difieren), o que se postule explícitamente como de esencia superior, protegiendo privilegios que le tocan naturalmente, no puede sustraerse enteramente a una confrontación que sus justificaciones procuran sin embargo evitar.

### *Etnismo y racismo*

Ubicar las interacciones interétnicas y el racismo en un campo único de análisis no implica que sea lo mismo subordinar a una población por sus rasgos culturales reales o supuestos, o volverla radicalmente “otra” por su pretendida naturaleza intrínseca. Al menos en teoría, las prácticas culturales de una persona o de una colectividad pueden modificarse; no así la “raza”, que es una marca indeleble.

La ventaja de recurrir a los dos términos distintos de *etnismo* y *racismo* descansa en particular en el hecho que, al menos en las prácticas discursivas, la “diferencia” y la “distancia” apelan en general a tres registros: social o socioeconómico (la clase, el estatus...), cultural (costumbres, prácticas, creencias...) y “racial” (naturaleza, herencia, atavismo...). Los pasos de un registro a otro son frecuentes, aunque no sistemáticos, e informan mucho más sobre la percepción y la ideología de los locutores que afirmaciones del estilo “profesión de fe”.

En un plano más analítico, esta distinción permite dar todo su sentido, y solamente su sentido, a lo que se ha llamado el “neo-racismo”, calificado de “cultural” más que de “biológico”. Desde nuestro punto de vista se debe hablar de etnismo, y sólo de etnismo, cuando la cultura de *Alter* sigue siendo presentada como un rasgo contingente, susceptible de cambio, aun mediante el desprecio, la denigración y la segregación. En este sentido, el etnismo es una forma activa y proyectiva de etnocentrismo e incluso, a veces, de clasismo. Se “llega” al racismo no solamente cuando se hace referencia a la naturaleza biológica de *Alter*, sino también cuando se esencializan o reifican los rasgos culturales que se le atribuyen, de tal manera que formen una “segunda naturaleza” y que su transmisión intergeneracional se concibe más como una herencia que como un legado cuya adquisición está subordinada a la socialización.

El punto “sensible” del paso del etnismo al racismo se sitúa en la manera de abordar lo que se llama el “origen”, considerado como un rasgo existencial o simbólico o, por el contrario, como un rasgo esencial, a-histórico y genealógico.

El absolutismo propio del racismo no implica la existencia de una frontera impermeable entre etnismo y racismo, todo lo contrario. El análisis histórico muestra que con frecuencia la racialización puede dejar lugar a la etnicización (pensemos en los judíos en Europa o en los italianos en Francia) o, al revés, sucederla (los “hispanos” en los

Estados Unidos). La clase social misma es susceptible de ser racializada (los obreros del siglo XIX, hereditariamente estúpidos e inmorales, etc.) o etnicizada.

Sea lo que fuere, la distinción entre etnismo y racismo no corresponde a una gradación en la hostilidad o el rechazo. ¿Es necesario insistir sobre la extrema incandescencia contemporánea del etnismo? Pero sí se trata de una gradación en la alterización. El etnismo separa real o simbólicamente al etnicizado fuera del grupo (comunidad, nación...), menos si se convierte (se asimila) y desaparece su “diferencia”. El racismo arroja al racializado a otro mundo no completamente humano, infrahumano, en todo caso “sin común medida” con el del racializante. No se desea su conversión y ni siquiera se la considera posible.

### *Racismo y “raza”*

Contrariamente a lo que se cree generalmente, la idea de “raza” no es la base lógica del racismo, sino más bien lo que produce. Mucho antes que se proponga el concepto mismo de racismo para denunciar prácticas de exclusión realizadas en nombre de la “raza”, en los años 1930, fue de hecho la fe en una partición indisociablemente física y psicológica de la especie humana, en sí misma y por ella misma, es decir productora de historicidad por naturaleza, la que inició el proceso de racialización. Todo el racismo –en sus diversos aspectos ideológicos, teóricos, políticos, cognitivos, afectivos o prácticos– está contenido en esta operación de naturalización o esencialización de grupos enteros. Estos grupos racializados son históricamente constituidos, o bien contruidos de manera ficticia. Se les vuelve definitivamente “otros” mediante la atribución de rasgos indisolublemente somáticos y mentales hereditarios.

Cualquier clasificación que se llame “racial” es, por definición, una clasificación racista. Marca con el sello de una “diferencia negativa” a grupos que también son llamados *estigmatizados*, es decir *desacreditados* en relación con los que constituyen la norma y la “normalidad”. No es necesario recurrir a la palabra “raza” para realizar esta operación, que puede indiferentemente utilizar los términos de etnia, cultura u origen. En esta perspectiva, la tendencia “culturalizante” o “diferencialista” del racismo contemporáneo –que corresponde al retroceso de la clasificación zoológica de la

humanidad en diferentes “razas” o “grupos raciales”<sup>4</sup>– no representa una transformación radical. La etnia, la cultura o el origen siempre funcionaron como marcas negativas en asociación con el fenotipo. Tratados como huellas sustanciales, inscritas en la continuidad genealógica, pueden reemplazar a la “raza”. “Asumen” de esta manera los significados de la palabra “raza”.

Muy a menudo, el racismo está reducido a un sistema de ideas que “orienta” la acción: pero no se trata solamente de eso. Es una relación social cuya ideología es la “cara mental”, lo que significa que el racismo rige o tiende a regir un orden social, al mismo tiempo que elabora su representación. Esta capacidad de “totalización” del racismo explica su relevancia, pues, antes de ser un modo de pensamiento, se trata de una experiencia social que reúne racializante y racializado en una relación de dominación/subordinación que escapa a los intentos individuales por sobrellevar o subvertirlo.

#### *Etnia, grupo étnico y etnicidad*

La relación entre “etnismo” y “etnia” no es exactamente la misma a la que asocia el racismo con la “raza”. La idea de etnia, con un significado bastante parecido al que tiene hoy, es muy antigua. De hecho, las interacciones interétnicas, y el etnismo, no son, a diferencia del racismo y de la idea misma de “raza” natural, fenómenos modernos.

Las primeras clasificaciones científicas calificadas como “étnicas” se basaron sobre criterios lingüísticos, dejando más o menos de lado los caracteres somáticos. Sin embargo, en sus usos más frecuentes, la noción es muy ambigua. Lleva en general una carga de desprecio, como ya la llevaba el *ethnos* del griego antiguo (cuya traducción como “pueblo primitivo” o “tribu” sería más adecuada que la, más corriente, de “pueblo”). De hecho, combina frecuentemente referencias culturales y somáticas, y funciona entonces como refuerzo, sustituto o eufemismo de la palabra “raza”.

La mayor parte de los trabajos que se inscriben hoy en el marco de las investigaciones sobre las “interacciones interétnicas” se refieren a lo *étnico* y la *etnicidad* mucho más que a la etnia –una noción muy criticada por su esencialismo latente y por las manipulaciones que sufrió en el marco de la etnología colonial y de las políticas inspiradas en ellas (o que las han inspirado). Aunque tengamos que admitir que esta distinción está

---

<sup>4</sup> Lo que se llama *racismo*.

lejos de ser inmediatamente comprensible para el no especialista, es esencial. *Ethnic* y *ethnicity* son términos que la sociología norteamericana (la de Estados Unidos en particular) adoptó paulatinamente para designar los hechos relativos a la situación minoritaria de grupos culturalmente identificados como divergentes en relación con la norma WASP (*White, anglo-saxon, protestant*). Según este concepto, el *Ethnic group* no es un grupo “racial” (socialmente considerado como físicamente identificable), sino una colectividad cuyos miembros comparten un cierto número de rasgos culturales (idioma, religión, costumbres...) y se reconocen una pertenencia común, una identidad propia, una *etnicidad*, basada por lo general sobre la creencia en un parentesco más o menos ficticio pero en todo caso simbólicamente significativo. A partir de este uso nacido en una sociedad y una historia particulares, las nociones de grupos étnicos y etnicidad se difundieron en las ciencias sociales anglohablantes y luego, más allá, fueron empleadas para designar los hechos relativos a la categorización y las divisiones étnicas. Los debates que estas nociones provocaron han puesto en contacto a investigadores de disciplinas muy poco comunicadas en el pasado (antropología cultural por un lado, sociología y ciencias políticas por otro). A pesar de ello, las teorías no están unificadas y el análisis, en particular, de la relación entre interacciones “raciales” e interacciones interétnicas está lejos de ser consensuado.

Por nuestra parte, consideramos los hechos étnicos en una perspectiva “constructivista”, dinámica y relacional. En otros términos, los consideramos como el resultado de relaciones que tienden a producir clivajes sociales entre Nosotros y Ellos, a partir de emblemas culturales utilizados como fronteras. La etnicidad es, en suma, una construcción social de pertenencia colectiva, y el grupo étnico un modo de organización social; ambos se basan sobre símbolos culturales seleccionados por su valor contrastivo en la interacción social. Lo que implica que el contenido de la etnicidad, así como la importancia que se le otorga en las interacciones, son tributarios de la historia.

#### *Relaciones sociales interétnicas e interacciones sociales interétnicas*

Afirmar que la etnicidad es social e históricamente construida, y que las situaciones en las cuales se inscribe son las que le confieren una significación más o menos importante, tanto en la organización social como en las interacciones diarias, plantea un problema. En efecto,

insistir sobre el carácter contingente de la atribución como de la reivindicación étnicas podría llevar a pensar en una fluidez, incluso una fugacidad, de los modos de organización colectiva y de las identificaciones a las cuales dan lugar. Sin embargo, cualquiera puede constatar, en numerosos lugares y contextos, la perennidad histórica y social de lo que Max Weber llamó la comunalización étnica.

Si bien estos modos de organización, al igual que los rasgos culturales que son sus atributos, son de hecho muy variables, las situaciones que presiden a la diferenciación lo son mucho menos. La inferiorización, las inscripciones en relaciones de desigualdad y un orden jerárquico se inscriben en efecto en tiempos, pero también en modalidades coercitivas, que sobrepasan a menudo por mucho el tiempo existencial de la vida individual. La variabilidad misma es entonces variable, y sólo el análisis de cada caso puede permitir entender qué es lo que vuelve más o menos durables las fronteras étnicas y “raciales”, y por consiguiente los grupos mismos que éstas especifican.

Nos parece en todo caso útil distinguir “niveles” en la estructuración y la organización sociales de las diferenciaciones étnicas. El que proponemos llamar “relaciones sociales interétnicas” es sin duda el más abstracto, pero también el más efectivo en una escala macro-social. Se trata de la distribución de las respectivas posiciones de los grupos en los niveles económicos, sociales, institucionales, estatuarios –distribución que dibuja un orden social tributario de la historia, a escala internacional o nacional. Las relaciones sociales interétnicas son estructurantes porque están históricamente ligadas con la división del trabajo, las relaciones internacionales, los intercambios desiguales y, entonces, con las relaciones entre los pueblos o entre grupos sociales dentro de las formaciones de los Estados-Naciones. Remiten más a menudo a la guerra, la expoliación, la explotación, la sumisión o la exterminación: en suma, a relaciones material y simbólicamente violentas. Esta estructuración jerárquica confiere a la nacionalidad, la religión, a tal o cual rasgo cultural, al “color”, etc., papeles clasificatorios a veces diferentes y a veces redundantes. Estos elementos dispares alimentan, en su mayor o menor coalición, un ciclo más o menos cerrado de reproducción de relaciones sociales con base “étnica” o “racial”, en las cuales funcionan como “marcadores” y a menudo como estigmas. Consideradas en este nivel, tanto la etnicidad como el racismo son principios de coacción. Determinan lugares y



posibilidades, e imponen “comunidades de destino” tales que, por sí mismas, producen solidaridades y rivalidades definidas como “étnicas” o “raciales”.

El nivel de las “interacciones sociales interétnicas” es más concreto. Supone el contacto, la coexistencia, y por consiguiente es más dependiente de las coyunturas temporales y de las configuraciones locales. Las interacciones interétnicas se inscriben, necesariamente, en el orden estructurante de las relaciones interétnicas. Sin embargo, y aunque las concreten, no sólo las reflejan. Tributarias de las circunstancias, incluso pueden estorbar su reproducción y, sobretodo, doblegar su actualización (la importancia relativa, los efectos de identificación, el desplazamiento o la superposición de las fronteras). En este nivel, se puede observar lo que está en juego, concreta o simbólicamente, en la movilización identitaria y la formalización de las cooperaciones y conflictos colectivos, de las alianzas y oposiciones que “endurecen” o “desplazan” las líneas de división heredadas, sea para reforzarlas, transponerlas, moverlas y, llegado el caso, borrarlas o crear nuevas. Si bien transcriben a veces estrictamente las divisiones étnicas sólidamente estructuradas en la escala macro-social, también pueden modificarlas en función de los desafíos de la coexistencia y la sociabilidad locales. Así, su influencia sobre el orden de las relaciones interétnicas es ambigua. Atrapadas en la contingencia de las situaciones y los acontecimientos, las interacciones sociales interétnicas difícilmente pueden subvertir este orden: pero sí lo influyen y, a la larga, lo modifican.

En estas mismas interacciones se desarrollan las tácticas que consisten en enfatizar, o por el contrario obviar, la identificación o la atribución étnicas. Por una parte, las interacciones interétnicas casi nunca son solamente “étnicas”. Llegado el caso, la etnicidad sólo aparece como una dimensión que interfiere en relaciones que son económicas y sociales (el trabajo, la compra, el consumo, el acceso a los servicios, la obtención de derechos, la vecindad...). Por otra parte, para cada individuo, la etnicidad sólo constituye, en un abanico de identificaciones disponibles, un recurso entre otros de identificación posible. Si bien no se trata de una opción enteramente libre, en las interacciones, y en particular aquellas cara a cara, el énfasis dado a la etnicidad está manipulado por el conjunto de los protagonistas. Es así bastante común observar, por ejemplo en un conflicto entre un comerciante y su cliente, que el miembro del grupo dominante intenta imponer una atribución étnica o “racial” al miembro del grupo dominado, para desacreditarlo, mientras

este último busca por el contrario hacerse reconocer como un ciudadano “ordinario”, gozando de todos sus derechos, e incluso intenta quitar todo crédito a las palabras de su interlocutor acusándolo de racismo.

### *Racismo individual, racismo institucional y racismo sistémico*

El retroceso de la legitimidad del racialismo y la adopción de legislaciones antidiscriminatorias modificaron en parte las modalidades de expresión del racismo. Pero si bien la expresión directa, la hostilidad declarada o la discriminación abierta han retrocedido en algo, las desigualdades y las estratificaciones “raciales” persisten.

Para analizar esta nueva situación, varias propuestas conceptuales fueron elaboradas a partir de fines de los años 1960. En la actualidad, todas estas nociones (que consisten generalmente en agregar un adjetivo a la palabra racismo) siguen siendo debatidas, por lo cual su definición es todavía “movediza”. Su uso debe entonces ser explicitado en cada caso.

La distinción entre racismo individual y racismo institucional (*institutional racism*) fue establecida por los militantes de los derechos cívicos en los Estados Unidos. Hicieron valer que la desigualdad estructural de los negros norteamericanos no sólo es fruto de los prejuicios, de las intenciones y de los comportamientos discriminatorios de la mayoría blanca (racismo manifiesto), sino también el producto de un conjunto integrado de dispositivos que asegura la perpetuación del poder de los blancos y desfavorece sistemáticamente a los negros en la competición (racismo oculto). Publicado en 1967, el libro de Carmichael y Hamilton: *Black Power: The Politics of Liberation in America*, inauguró de esta manera una serie de trabajos sobre el racismo como estructura social resultante de reglas, procedimientos y prácticas, en general rutinarias, aplicadas por las instituciones (término que entendemos aquí en su sentido más amplio, incluyendo tanto a las organizaciones, los aparatos burocráticos, como a las instituciones formales).

El aporte innegable de la noción de racismo institucional es haber destacado la impregnación de hecho del “sentido de la supremacía blanca” en el funcionamiento ciego de las instituciones. También subrayó la extensión del hecho racista –independientemente o al lado de formas discursivas y comportamientos explícitamente referidos a una ideología, a

una doctrina o a prejuicios– y sus efectos sobre la perpetuación de las desigualdades “raciales”.

Numerosos debates, que sería demasiado largo resumir aquí, existen todavía alrededor de esta noción. Sólo apuntaremos dos de las dificultades generalmente reconocidas. La más importante es su funcionamiento lógico circular. En efecto, el “racismo institucional” incluye a la vez, por una parte, a los comportamientos (individuales o colectivos) y los procesos (burocráticos, institucionales) como, por otra parte, a su resultado, es decir la estratificación “socio-racial”. De esta manera, causas y consecuencias de la desigualdad se demuestran mutuamente. La segunda dificultad remite al carácter “globalizador” de la noción, que por cierto le da su virtud denunciadora, pero plantea algunos problemas analíticos cuando se trata de entender mejor lo que pasa en el interior mismo de las organizaciones. En efecto, podemos encontrar la costumbre institucional estructuralmente discriminatoria (el racismo *de* la institución, de hecho institucionalizado o burocratizado), pero también, a veces de manera sistemática, una aplicación discriminatoria de reglas que no lo son de por sí (pensemos en los controles más “minuciosos”, a las exigencias de “pruebas” adicionales, a la no consideración de algunos reclamos o a las sospechas *a priori* infligidos a los minoritarios). Esta situación es la que se llama a veces muy claramente, pero de forma un poco restrictiva, el “racismo de taquilla” y forma más generalmente parte del racismo *en* la institución, gozando a veces de una tolerancia general (la policía, la justicia o la aduana ofrecen ejemplos múltiples de este proceso, pero existe también en muchos servicios públicos o no, como los organismos de seguro social, los bancos, las empresas de seguro, etc.) Estas dos formas distintas de racismo conforman, cuando se cumulan, este verdadero “racismo institucional” o estructural que denuncian con razón sus víctimas.

Para ir más allá de la oposición, considerada a veces demasiado rígida, entre racismo individual y racismo institucional, algunos autores propusieron el concepto de “racismo sistémico”. Se presenta como el resultado o, más precisamente, como el punto de encuentro entre formas “interaccionales” y formas “estructurales” de racismo. Las primeras consisten en “micro-desigualdades” repetitivas y corrosivas, pero inatacables jurídicamente, y las segundas en reglas y procedimientos de tratamiento; ambas están incorporadas en las reglas éticas y socioculturales del funcionamiento ordinario de las instituciones, incluso de

las sociedades enteras. El interés de la noción de racismo sistémico es mostrar que cada tipo o modo de discriminación potencia a los demás, y mostrar también la multiplicidad de los actores individuales o colectivos que participan, incluidos, a menudo, sus víctimas mismas.

### *Racismo abierto, racismo encubierto, racismo simbólico*

Aunque el punto de partida sea el mismo, la distinción entre racismo abierto y racismo encubierto (en inglés: *overt* y *covert racism*) sólo corresponde parcialmente con la que los primeros teóricos del racismo institucional llamaban racismo manifiesto y racismo oculto. El racismo “encubierto” consiste en manifestaciones no explícitas, indirectas y no violentas de racismo<sup>5</sup> que se desarrollan en un contexto de reflujo –y de prohibición formal– de sus formas de expresión explícitas, directas y ofensivas.

Las investigaciones sobre este tema se desarrollaron sobretodo en el campo psico-sociológico. Permitieron echar luz sobre las modalidades de expresión ostensiblemente no-racistas de actitudes con un fondo racista subyacente. Por ejemplo, el racismo encubierto toma significativamente la forma de la negativa a expresar sentimientos positivos hacia tal o cual grupo minoritario, en vez de formular discursos negativos contra él; del deseo que se expulsen a los extranjeros delincuentes o ilegales, en vez de todos los “inmigrados”; de la exageración de las diferencias entre culturas y sistemas de valores, en vez de recurrir a las atribuciones “raciales”... El racismo encubierto también se caracteriza por tomas de posición “conformistas” (respeto de la ley e imposición de la asimilación cultural y normativa a los minoritarios) y una tendencia al *statu quo* (no hacer nada para mejorar la situación de los minoritarios, no modificar las leyes contra el racismo...).

Es difícil estudiar la expresión comportamental del racismo encubierto, pues la necesidad de cruzar sistemáticamente los indicadores constituye un obstáculo. Tenemos que admitir que, hoy en día, los mejores sociólogos de estos actos son sus propias víctimas. Chistes ambiguos, ironía suave, cándidas sorpresas, segregación de hecho, denigración latente y sospechas gratuitas componen así la trama de relaciones de dominación que las instituciones, el universo del trabajo y la escena pública autorizan, siempre y cuando se expresen de este modo “encubierto”.

---

<sup>5</sup> La expresión “racismo encubierto” no está “fijada”. Las mismas actitudes pueden ser calificadas, según los autores, como “racismo subyacente”, “racismo latente”, “racismo ordinario”...

El “racismo encubierto” es bastante cercano a lo que algunos autores designan con el nombre algo confuso de “racismo simbólico”. Esta forma de racismo consiste en un consentimiento de hecho, incluso activo, del orden racista real, sin intención de reforzarlo e incluso aceptando que se desarrollen las políticas menos coercitivas para reducirlo (educación, campañas de opinión, etc.). Los autores que recurren a esta noción buscan destacar la dimensión propiamente simbólica, y a menudo subestimada, de las relaciones sociales de dominación con base racista. En el racismo “simbólico”, existe sobre todo la negativa de ver afectada su propia existencia por medidas voluntaristas de lucha contra las desigualdades (por ejemplo, en los Estados Unidos, la negativa del *busing*, de la política de *affirmative action*, etc.). sin expresar ninguna hostilidad o prejuicio racista, esta forma de racismo aprueba la competición liberal y, generalmente de forma inconsciente, busca o apunta al *statu quo* —es decir, la perpetuación de la ventaja histórica de los dominantes. Los trabajos realizados hacen aparecer los comportamientos asociados con el racismo simbólico como una forma de egoísmo de clase y de “raza”, según una aceptación psico-sociológica a veces moralizante. Indican que es particularmente frecuente en las clases medias que tienen los recursos y las competencias para procurar zafarse de los efectos de las políticas de igualación de las oportunidades. El racismo simbólico parece también relacionado con las coyunturas en las cuales el riesgo de movilidad descendente intergeneracional se juzga importante. La comparación con las manipulaciones del mapa escolar en Francia, incluso por parte de “anti-racistas”, es evidentemente instructiva.

#### *Discriminación directa e indirecta*

Al hablar de discriminación, nos ubicamos en el campo de los actos, de los hechos y de su interpretación más que en el de las opiniones, las representaciones o los estereotipos. Sin embargo, la distinción entre discriminación directa e indirecta es más o menos el equivalente “comportamental” de la que distingue entre racismo abierto y racismo encubierto. La discriminación directa es inmediata e intencional: su función y su efecto es mantener o reforzar, sin tapujos, la inferioridad y la subordinación de los minoritarios. Por el contrario, la discriminación indirecta es un trato formalmente igualitario, pero que acaba estableciendo, cumpliendo o ratificando la desigualdad<sup>6</sup>. Volvemos a encontrar aquí el

---

<sup>6</sup> Se lee a veces “discriminación voluntaria”, versus “involuntaria”.

modo de funcionamiento del racismo institucional o del racismo sistémico: los criterios discretos y rutinarios, las costumbres compartidas que forman el juicio y la evaluación, pueden tener un efecto tanto más desfavorable para los minoritarios que no tienen ningún medio legítimo para impugnarlos en su principio.

La noción de discriminación indirecta tampoco está exenta de ambigüedad por el estatus incierto que asigna a la “ausencia de intencionalidad”. De esta manera, y según los casos, se aplica a prácticas cuya premeditación está encubierta bajo argumentos aparentemente admisibles (por ejemplo, exigir para un empleo de empelada doméstica que la candidata “hable perfectamente francés”); a comportamientos de hecho indiferentes a sus efectos en materia de desigualdad (los problemas administrativos encontrados por las personas nacidas en países cuyos registros civiles han sido destruidos en las guerras), y a conductas cuyo efecto discriminatorio ni siquiera se percibe (ofrecer trabajo directamente a los conocidos en vez de publicar un aviso). De esta manera, algunos sociólogos anglohablantes y, en particular, los teóricos de la “elección racional”, prefieren distinguir entre la discriminación “categorial” (*categorical discrimination*), que corresponde a la discriminación directa, y la discriminación “estadística” (*statistical discrimination*), que se deduce de datos calculados, fruto de comportamientos cuya intencionalidad no se puede adivinar y que, por hipótesis, pueden considerarse como únicamente orientados hacia la maximización del beneficio personal.

A diferencia de las otras nociones con las cuales puede relacionarse, la de discriminación indirecta fue objeto en varios países, pero no en Francia, de transcripciones legislativas. En este caso el objetivo no es decidir sobre la cuestión de la intención cuando no puede ser comprobada, sino obligar a corregir, *nolens volens*, la desigualdad producida y averiguada, previendo sanciones solamente en caso de una negativa.

El tema de la discriminación indirecta es crucial y muy sensible. A través de ella se expresa buena parte del racismo contemporáneo, y a partir de su evaluación se elaboran políticas de corrección de las desigualdades “raciales” o étnicas (Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá...). Pero su evaluación plantea un problema, pues exige un examen de las desigualdades estructurales y de su reproducción, es decir el establecimiento de cifras que permitan observar la distribución étnica o “racial” de los empleos, las viviendas, el acceso a los servicios y prestaciones sociales y otros diversos recursos...

\* \* \*

Las definiciones que hemos propuesto aquí forman el armazón que sirvió para analizar los datos empíricos recolectados durante varias encuestas, a partir de los cuales su validez fue experimentada. Le toca ahora al lector evaluar su pertinencia. Sea lo que fuere, no pretenden de ninguna manera ser inmutables. Por el contrario, piden ser criticadas, reformadas, o sobrepasadas.

### **Bibliografía del libro original**

Adorno T. W. et al. (1964), *The Authoritarian Personality*, New York, Harper.

Allport G. W. (1954), *The Nature of Prejudice*, Cambridge (Mass.), Addison-Wesley Publishing Company.

Amselle J.-L., M'Boko1o E. (dir.) (1985), *Au Cœur de l'ethnie: ethnies, tribalisme et état en Afrique*, Paris, Éd. La Découverte, coll. « Textes à l'appui ».

Amselle J.-L. (1996), *Vers un multiculturalisme français. L'empire de la coutume*, Paris, Aubier.

Aubert F., Tripiet M., Vourc'h F. (dir.) (1997), *Jeunes issus de l'immigration. De l'école à l'emploi*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Aucouturier A.-L. (1993), « Contribution à la mesure de l'efficacité de la politique de l'emploi », *Travail et Emploi*, n° 55.

Balibar E., Wallerstein I. (1988), *Race, nation, classes: les identités ambiguës*, Paris, La Découverte.

Banton M. (1967), *Race Relations*, trad. franç., *Sociologie des relations raciales*, Paris, Payot, 1971.

Barth F. (dir.) (1969), *Ethnie Boundaries*, trad. franç. de l'introduction: « Les groupes ethniques et leurs frontières », in P. Poutignat et J. Streiff (1995), *Théories de l'ethnicité*, Paris, PUF, coll. « Le sociologue ».

Bataille P., Schiff C. (1997), « La Discrimination à l'embauche. Le cas du bassin d'Alés », *Annales de la Recherche urbaine*, n° 76.

Bataille P. (1997), *Le Racisme au travail*, Paris, La Découverte.

- Becker H. (1963), *Outsiders. Sociologie de la déviance*, Paris, A.-M. Métaillé, trad. franç., 1985.
- Be1bahri A. (1984), « Les Minguettes ou la surlocalisation du social », *Espaces et Sociétés*, n° 45.
- Bernand C. (1992), « Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation » in *Le concept de ségrégation, Séminaire sur la ségrégation*, Paris, Plan construction et architecture et Réseau socio-économie de l'habitat (multigr.).
- Body-Gendrot S. (1993), *Ville et violence. L'irruption de nouveaux acteurs*, Paris, PUF.
- Bogardus E.-S. (1940), *The Development of Social Thought*, New York, London, Toronto, Longmans, Green & Co.
- Bonnafous S. (1991), *L'Immigration prise aux mots*, Paris, Kimé.
- Borgogno V. (1990), « Le Discours populaire sur l'immigration. Un racisme pratique » *Peuples méditerranéens*, n° 51, avril-juin.
- Borkowski J.-L. (1990), « L'Insertion sociale des immigrés et de leurs enfants », *Données sociales* (INSEE).
- Bourdieu P. (1979), *La Distinction*, Paris, Minuit.
- Bourdieu P. (1982), *Leçon sur la leçon*, Paris, Minuit.
- Bourdieu P. (1992), Entretien avec R.-P. Droit et T. Ferenczi, *Le Monde*, 14 janvier.
- Bouvier P. (1989), *Le Travail au quotidien*, Paris, PUF.
- Bovenkerk F. (1992), *Testing Discrimination in Natural Experiments. A Manual for International Comparative Research on Discrimination on the Grounds of "Race" and Ethnic Origin*, Genève, International Labour Office.
- Brun J. et Chauviré y. (1990), « Des Frontières invisibles dans la ville: ségrégation et division sociale de l'espace » *Strates*, n° 5.
- Brun J. et Rhein C. (dir.) (1994), *La Ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan.
- Castel R. (1995), *Les Métamorphoses de la question sociale*, Paris, Fayard.
- CERC (1999), « Immigration, emploi et chômage. Un état des lieux empirique et théorique » *Les dossiers de CERC-Association*, n° 3.
- Chamboredon J.-c. et Lemaire M. (1970), « Proximité spatiale et distance sociale dans les grands ensembles » *Revue française de sociologie*, n° 1.



Cognet M. (1998), *Migrations, groupes d' « origine » et trajectoires : vers une ethnicisation des rapports socioprofessionnels ?* Thèse de doctorat de sociologie, Université Paris 7-Denis Diderot, mars.

Conseil d'État (1996), *Rapport public sur le principe d'égalité*, La Documentation française, « Études et documents », n° 48.

Corcuff P. (1991), « Éléments d'épistémologie ordinaire du syndicalisme », *Revue française de sciences politiques*, vol. 41, n° 4, août.

Corcuff P. (1995), « Quand le terrain prend la parole... Éléments de sociologie réflexive », *L'Homme et la Société*, n° 115, janvier-mars.

Cross M., Wrench J., Barnett S. (1990), *Ethnic Minorities and the Careers Service: An Investigation into Processes of Assessment and Placement*, Department of Employment Research Paper, London, n° 73, 204.

Daum C. (1992), *L'immigration ouest-africaine en France : une dynamique nouvelle dans la vallée du fleuve Sénégal ?*, Rapport final, Paris, Institut Panos, juin.

Dejours C. (1998), *Souffrance en France. La banalisation de l'injustice sociale*, Paris, Seuil.

Dejours C. (1993), *Travail et usure mentale de la psychopathologie à la psychodynamique du travail*, nouv. éd. Bayard.

Demange J. (s.d.), *Citoyenneté de l'entreprise*, Paris, CNPF.

De Rudder V. (1987), « L'obstacle culturel: la différence et la distance », *L'Homme et la Société*, n° 77-78.

De Rudder V. (1990), « La Cohabitation pluriethnique et ses enjeux » *Migrants-Formation*, n° 80, mars.

De Rudder V. (1991), « Le Racisme dans les relations interethniques », *L'Homme et la Société*, n° 4.

De Rudder V. (1995), « Emploi et exclusion : ce que dit le directeur de l'ANPE », *Différences*, avril.

De Rudder V. (1997), « Quelques problèmes épistémologiques liés à la définition des populations immigrantes et de leur descendance », in F. Aubert, M. Tripier et F. Vourc'h (dir.), *Jeunes issus de l'immigration. De l'école à l'emploi*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

De Rudder V. en collab. avec M. Guillon (1987), *Autochtones et immigrés en quartier populaire*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

De Rudder V., Taboada-Leonetti I., Vourc'h F. (1990), *Immigrés et Français, stratégies*

*d'insertion, représentations et attitudes*, Rapport de recherche pour le ministère de l'Urbanisme, du Logement et des Transports et la Direction régionale de l'équipement d'Ile-de-France, CNRSURMIS (multigr.).

De Rudder V., Tripiet M. et Vourc'h F. (1995), *La Prévention du racisme dans l'entreprise en France*, Rapport pour la Fondation européenne pour l'amélioration des conditions de vie et de travail (Dublin), Paris, CNRS-URMIS.

De Rudder V., Poiret Ch., Vourc'h F. (1997), *La Prévention de la discrimination raciale, de la xénophobie et la promotion de l'égalité de traitement dans l'entreprise : une étude de cas en France*, Rapport pour la Fondation européenne pour l'amélioration des conditions de vie et de travail (Dublin), CNRS-URMIS.

De Rudder V., Poiret Ch., Vourc'h F. (1998), « A Marseille, la "préférence locale" contre les discriminations à l'embauche », *Hommes et Migrations*, n° 1211, janvier-février.

De Rudder V., Poiret Ch. (1999), « Affirmative Action et "discrimination justifiée" : vers un universalisme en acte », in Ph. Dewitte, *Immigration et intégration : l'état des savoirs*, Paris, Éd. La Découverte.

Desrosières A. (1997), « Du Singulier au général. L'argument statistique entre la science et l'État », in Conein et Thévenot (dir.), *Cognition et information en société*, Paris, Ed. de l'EHESS.

Dubet F. (1989), *Immigrations: qu'en savons-nous ? Un bilan des connaissances*, Paris, La Documentation française.

Dulong R. (1978), *Les régions, l'État et la société locale*, Paris, PUF, coll. « Politiques ».

Duncan O. et Duncan B. (1955), « A Methodological analysis of segregation indexes », *American Sociological Review* (20), 2.

Dupuy S. (1988), *Le jardin secret des attributions*, Paris, Médina (multigr.)

Echardour A. et Maurin E. (1993), *Données sociales*, Paris, INSEE.

Elias, N. (1970) (rééd., 1991), *Qu'est-ce que la sociologie ?*, Paris, Press Pocket.

Elias, N. (1970) (rééd., 1983), *Engagement et distanciation, contribution à la sociologie de la connaissance*, Paris, Fayard Press Pocket, coll. « Agora ».

Fattah (1981), « La Victimologie : entre les critiques épistémologiques et les attaques idéologiques », *Déviance et Société*, n° 5, janvier.

Fichet B. (1993), « La Distance sociale comme représentation chez Emory S. Bogardus », *Cultures et Sociétés* (Cahiers du CEMRIC), Université de Strasbourg 2, n° 3.

Filizzola G., Lopez G. (1995), *Victimes et victimologie*, Paris, PUF, « Que sais-je? », n° 3040.

Fix M., Struyk R.-J. (éd.) (1993), *Clear and Convincing Evidence. Measurement of Discrimination in America*, Washington DC (États-Unis), The Urban Institute Press.

Fremontier J. (1971), *La Forteresse ouvrière*, Paris, Fayard.

Gallissot R. (1985), *Misère de l'antiracisme*, Paris, Arcantère.

Gallissot R. (1987), « Les Minorités: égalité et différences, citoyenneté et nationalité », *Laïcité 2000*, Paris, Idilig, 1987.

Gallissot R. (1988), *La Place des étrangers dans le mouvement ouvrier français*, Paris, Note de synthèse pour la Mire (multigr.).

Gallissot R. (1994), « Nationalisme et racisme », in M. Fourier, G. Vermes (éd.), *Ethnicisation des rapports sociaux*, Paris, L'Harmattan, coll. « Espaces interculturels ».

Gallissot R., Boumaza N., Clément G. (1994), *Ces Migrants qui font le prolétariat*, Paris, Méridiens-Klincksieck, coll. « Réponses sociologiques ».

Gesnestier P. et Laville J.-L. (1994), « Au-delà du mythe républicain. Intégration et socialisation », *Le Débat*, Paris, Gallimard, n° 82, novembre-décembre.

Giraud M., Marie c.-V. (1990), *Les Stratégies sociopolitiques de la communauté antillaise dans son processus d'insertion en France métropolitaine*, Rapport, Paris, Ministère de la Recherche. GISTI (1993), *Légiférer pour mieux tuer les droits*, Paris, GISTI. 206

GISTI (1994), « Les Discriminations dans l'emploi », contribution à *l'European Guidelines to Good Employment Practice to Combat Discrimination*, Paris, GISTI (multigr.).

Glaser B., Strauss A. L. (1967), *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*, New York, Aldine.

Glazer N., Moynihan D. P. (ed.) (1975), *Ethnicity: Theory and Experience*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Glele-Ahanhanzo M. (1996), *Rapport sur les formes contemporaines de racisme, de discrimination raciale, de xénophobie et de l'intolérance qui y est associée*, Commission des droits de l'Homme, ONU, avril.

Goblot E. (1925), *La Barrière et le niveau*, Paris, PUF (rééd., 1967).

Goffman E. (1963), *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*, Paris, Minuit (rééd., 1993).

Goffman E. (1968), *Asiles. Études sur la condition sociale des malades mentaux*, Paris, Minuit.

Grafmeyer Y. (1992), *Quand le Tout-Lyon se compte: Lignées, alliances, territoires*, Lyon,

Presses Universitaires de Lyon.

Grafmeyer Y. (1994), « Regards sociologiques sur la ségrégation », in J. Brun et Y. Chauviré (dir.), *La Ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan.

Grangeart C. (1994), *Emploi des publics issus de l'immigration*, Mosaiques.

Green N. (1985), *Les Travailleurs immigrés juifs dans le Paris de la Belle Époque*, Paris, Fayard.

Guillaumin C. (1972), *L'Idéologie raciste: genèse et langage actuel*, Paris, La Haye, Mouton.

Guillaumin C. (1979), « Question de différence », *Questions féministes*, n° 6.

Guillaumin C. (1981), « Femmes et théories de la société, remarques sur les effets théoriques de la colère des opprimés », *Sociologie et Sociétés*, vol. XIII, n° 2.

Henry F., Ginsberg E. (1985), *Who Gets the Work: A Test of Racial Discrimination in Employment*, The Urban Alliance on Race Relations, The Social Planning Council of Metropolitan Toronto, Canada (multigr.).

INSEE (1994), « Les Étrangers en France », *Contours et caractères*, Paris, INSEE, mai.

Jewson N., Mason D. (1997), « The Theory and Practice of Equal Opportunities Policies: Liberal and Radical Approaches », in A. Rattansi and R. Skellington (eds), *Racism and Antiracism. Inequalities, Opportunities and Policies*, Londres, Sage Publications.

Juteau-Lee D. (1999), « La Production de l'ethnicité ou la part réelle de l'idéal », *L'ethnicité et ses frontières*, Presses Universitaires de Montréal, p. 77-101.

Lacascade J.-L. (1979), « Analyse critique du concept de ségrégation spatiale et des discours sur la ségrégation », *Ségrégation spatiale*, Paris, Copedith.

Laperrière A (1997), « La Théorisation ancrée: démarche analytique et comparaison avec d'autres approches apparentées », in Poupart, Deslauriers, Groulx, Laperrière, Mayer, Pires, *La Recherche qualitative. Enjeux épistémologiques et méthodologiques*, Montréal, Gaétan Morin.

Le Bras H. (1998), *Le Démon des origines: démographie et extrême droite*, Paris, Ed. De l'Aube.

Leclerc G. (1979), *L'Observation de l'homme. Une histoire des enquêtes sociales*, Paris, Seuil.

Linhart R. (1978), *L'Établi*, Paris, Éd. de Minuit.

Lochak D. (1987), « Réflexions sur la notion de discrimination », *Droit social*, n° II.

Lochak D. (1990), « Les Discriminations frappant les étrangers sont-elles licites? », *Droit social*, n° 1.

Lochak D. (1992), « Discrimination Against Foreigners Under French Law », *Immigrants in Two Democracies: French and American Experiences*, New York University Press.

Lochak D. (1999), « Les Droits des étrangers, entre égalité et discriminations », in P. Dewitte (dir.), *Immigration et intégration, l'état des savoirs*, Paris, La Découverte.

Lorcerie F. (1994), « Les Sciences sociales au service de l'identité nationale: le débat sur l'intégration au début des années 1990 », in D. C. Martin (dir.), *Cartes d'identité. Comment dit-on « nous » en politique*, Paris, Presses de la Fondation nationale de sciences politiques.

Lyon-Caen A (1990), « L'Égalité et la loi en droit du travail », *Droit social*, n° 1, 1990.

McKenzie E. (1994), *Privatopia, Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government*, New Haven and London, Yale University Press.

Maguer A, Berthet J.-M. (1997), *Les Agents des services publics dans les quartiers difficiles. Entre performance et justice sociale*, Rapport d'étude, La Documentation française.

Marchand O. (1992), « La main-d'œuvre étrangère en France », *Revue française des affaires sociales* (numéro hors série: L'immigration en France: données, perspectives).

Massey D.-S., Denton N. (1992), *American Apartheid*, Harvard University Press.

Maurin E. (1991), « Les Étrangers: une main-d'œuvre à part? », in « *Les étrangers en France* », *Économie et Statistiques* (INSEE, Paris), n° 242, avril. 208.

Merton R. K. (1965), *Social Theory and Social Structure* (chap. 9: « The Self-fulfilling Prophecy »), New York, The Free Press [trad. et adaptation françaises par H. Mendras] (1997), *Éléments de théorie et de méthode sociologique* (chap. 6: « La prédiction créatrice »), Paris, Armand Colin, coll. « U ».

Miles M., Huberman A.-M. (1991), *Analyses de données qualitatives: recueil de nouvelles méthodes*, Bruxelles, De Boeck.

Murard M., Moulière M. (1997), *Le Travail des uns et le souci des autres. Les relations des CAF avec les allocataires précaires*, Rapport à la CNAF. Laboratoire du changement social, Université Paris 7-Denis Diderot (multigr.).

Neveu C. (1997), « Les Schémas locaux d'intégration ou les ambiguïtés de l'innovation. Le FAS Nord -Pas-de-Calais comme laboratoire? », in F. Lorcerie (éd.), *Politiques publiques et minorités*, Éd. LCDJ.

Noiriel G. (1988), *Le Creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*, Paris, Seuil.

Olender M. (1981), « Les Langues du paradis », in M. Olender (dir.), *Le Racisme, mythes et sciences*, Bruxelles, Éd. Complexes.

Park R.-E. (1926), « La Communauté urbaine : un modèle spatial et un ordre moral », trad. in Y. Grafmeyer et I. Joseph (1979), *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, Paris, Éd. du Champ urbain.

Payet J.-P. (1995), *Collèges de banlieue. Ethnographie d'un monde scolaire*, Méridiens-Klincksieck.

Peneff J. (1992), *L'Hôpital en urgence : étude par observation participante*, Paris, Métailié.

Pinçon M., Pinçon-Charlot M. (1989), *Dans les beaux quartiers*, Paris, Seuil.

Poiret, Ch., Vourc'h F. (1997), *Université Paris 8, insécurité et rapport à l'environnement*, Rapport à la Présidence de Paris 8, Saint-Denis, Profession Banlieue.

Poiret Ch. (1996), *Familles africaines en France. Ethnicisation, ségrégation, communalisation*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Poiret Ch. (1997), « Attention, un cycle migratoire peut en cacher un autre! », *Revue européenne des migrations internationales*, n° 1.

Quiminal C. (1991), « Le long voyage des femmes du fleuve Sénégal », *Hommes et Migrations*, n° 1141, mars.

Quiminal C. (1993), *Mode de constitution des ménages polygames et vécu de la polygamie en France*, Rapport à la Direction des populations et des migrations, Paris.

Rawls J. (1971), *A Theory of Justice*, trad. franç. (1987), *Théorie de la justice*, Paris, Seuil.

Ray J.-E. (1990), « L'Égalité et la décision patronale », *Droit social*, n° 1.

Roncayolo M. (1972), « La Division sociale de l'espace: méthodes et procédés d'analyse », *Bulletin de l'Association des géographes français*, n° 395-396.

Sama D.-J. (1978), « From immigrants to ethnies: Toward a new theory of ethnicization », *Ethnicity*, n° 5.

Sayad A. (1994), « Qu'est-ce que l'intégration? », *Hommes et Migrations*, n° 1182, décembre.

Schnapper D. (1991), *La France de l'intégration. Sociologie de la nation en 1990*, Paris, Gallimard.

Schor R. (1985), *L'Opinion française et les étrangers en France, 1918-1939*, Paris, Publications de la Sorbonne.

Simmel G. (1908), « Digressions sur l'étranger », trad. in Y. Graffmeyer et I. Joseph (1979), *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, Paris, Ed. du Champ urbain.

Simon P.-J. (1993), « Du bon usage des définitions », in *Vocabulaire historique et critique des relations interethniques. Pluriel-Recherches*, fasc. n° 1.

Simon P. (1993), « Nommer pour agir », *Le Monde*, 28 avril.

Simon P. (1998), « La Discrimination: contexte institutionnel et perception par les immigrés », *Hommes et Migrations*, n° 1211, février.

Streiff-Fenart J. (1998), « Racisme et catégorisation sociale », *Quelles initiatives contre le racisme « ordinaire »*, Saint-Denis, Profession Banlieue.

Taguieff P.-A. (1988), *La Force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, Paris, La Découverte.

Taguieff P.-A. (1992), « Nationalisme, réactions identitaires et communauté imaginée », *Hommes et Migrations*, n° 1154

Taguieff P.-A. (1997), *Le Racisme*, Paris, Flammarion, coll. « Dominos ».

Thermes J. (1999), *Essor et déclin de l'affirmative action, les étudiants noirs à Harvard, Yale et Princeton*, Paris, Éd. du CNRS.

Thomas W. I. (1918-1920), *The Polish Peasant in Europe and America*, rééd. New York, Dover Publications, 1958.

Thomas W. I. (1923), *The Unadjusted Girl*, New York.

Tribalat M. (1991), *Cent ans d'immigration. Étrangers d'hier, Français d'aujourd'hui*, Paris, PUF-INED (travaux et documents », n° 131).

Tribalat M. (dir.) (1995), *Faire France*, Paris, La Découverte.

Tribalat, M. (1996), *De l'Immigration à l'assimilation*, Paris, La Découverte-INED.

Tripier M. (1990), *L'Immigration dans la classe ouvrière en France*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Tripier M., De Rudder V., Vourc'h F. (1995), « Les Syndicats face aux nouvelles discriminations », *Hommes et Migrations*, n° 1187, mai.

Verret M. (1979), *L'Espace ouvrier*, Paris, Armand Colin.

Vourc'h F., De Rudder M., Tripier M. (1994), « Racisme et discriminations dans le travail: une réalité occultée », *L'Homme et la Société*, n° 3-4.

Weber M. (1922), *Économie et société*, trad. franç. Paris, Plon, 1971 (rééd. 1995).

Wilson W.-J. (1987), *The Truly Disadvantaged : The Inner City, the Underclass and Public Policy*,

University of Chicago Press, trad. franç., *Les Oubliés de l'Amérique*, Desclée de Brouwer, 1994.

Wirth L. (1928), *Le Ghetto*, trad. franç. , Grenoble, Le Champ urbain, 1980.

Wrench J. (1996), *Preventing Racism at the Workplace: A Report on 16 European Countries*, European Foundation for Improvement of Living and Working Conditions, Dublin.

Wrench J. (1997 a), *Recueil européen de bonnes pratiques pour la prévention de la discrimination raciale et de la xénophobie, et pour la promotion de l'égalité de traitement sur le lieu de travail*, European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions, Dublin.

Wrench J. (1997 b), « Des Problèmes dans le passage de l'école à l'emploi chez les jeunes issus de l'immigration au Royaume-Uni », in F. Aubert, M. Tripier, F. Vourc'h (dir.), *Jeunes issus de l'immigration. De l'école à l'emploi*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Yamgnane K. (1992), *Droits, devoirs et crocodile*, Paris, Robert Laffont.